

contribuyen á su alivio las indulgencias. Este misericordioso recuerdo, en el sacrificio cristiano, asciende á la misma institucion de la Iglesia, pues, segun el testimonio de san Juan Crisóstomo, los Apóstoles mandaron que en nuestros adorables misterios se rogase por los difuntos. «Nosotros rogamos por nuestros padres y por los Obispos, «decia san Cirilo de Jerusalem al explicar á los fieles esta costumbre, y en general rogamos por todos los nuestros que han salido de «esta vida, creyendo firmemente que reciben un alivio muy grande «con las oraciones que por ellos se ofrecen en el santo y tremendo «sacrificio <sup>1</sup>.» Tal es la creencia de la Iglesia católica sobre el dogma del purgatorio y sobre la utilidad de nuestros sufragios en favor de los muertos.

Antes de concluir esta materia debe observarse que la Iglesia no ha dictado decision alguna sobre el lugar del purgatorio, ni sobre la manera con que en él sufren las almas las penas de su expiacion. ¿Será que en el purgatorio haya fuego, tinieblas y otras aflicciones sensibles? ¿Cuál es el rigor y la duracion de estos sufrimientos? ¿Hasta qué punto alivian á las almas las oraciones, las buenas obras, los sufragios de los vivos y el santo sacrificio de la misa? Libres son las opiniones sobre estas materias, que no pertenecen al dogma de la fe; así nos abstendremos de examinarlas, para no exponernos á violar la prudente recomendacion del concilio de Trento, que manda enseñar en este punto la doctrina de los santos Padres y de los Concilios, evitando todas las cuestiones sobrado espinosas ó sutiles y todo lo que puede parecer incierto. «Difficiliores ac subtiliores quaestiones, quaeque ad aedificationem non faciunt... à popularibus concionibus secludantur, incerta item, vel quae specie falsi laborant, «evulgari ac tractari non permittant <sup>2</sup>.»

## CONFERENCIA XCVII.

### LA RESURRECCION.

EL DR. ¿Tenemos acaso conocimiento de la naturaleza y del orden de los acontecimientos que deben preceder al juicio general?

EL TEÓL. Al tratar de estas materias no entraremos en consideraciones prolijas, porque no contribuirían mucho á dilucidarlas: así

<sup>1</sup> Catec. Mist. — <sup>2</sup> Ses. 28.

os indicaré algunos pasajes de los Libros santos, donde los Padres y los teólogos entreven los acontecimientos que se verificarán antes de aquel día solemne. El Salvador predijo á sus Apóstoles que la predicacion evangélica se extenderia por todo el mundo: *Este Evangelio del Reino será anunciado en toda la tierra en testimonio para todas las naciones, y entonces vendrá la consumacion <sup>1</sup>*. «No tendrá lugar antes, observa san «Agustin; mas no sabemos cuándo se realizará despues <sup>2</sup>.» Entre los discípulos del Cristo habrá una grande apostasia, segun anuncian estas palabras de san Pablo á los tesalonicenses: «Entre tanto, hermanos, os «suplicamos por el advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo y denuestra reunion al mismo, que no abandoneis ligeramente vuestros sentimientos, ni os alarmeis con supuestas revelaciones, con ciertos «discursos, ó con cartas que se supongan enviadas por nosotros, como si el día del Señor estuviera ya muy cercano. Y no os dejes seducir de nadie en ninguna manera; porque no vendrá *este día* sin «que primero haya acontecido la apostasia, y aparecido el hombre «del pecado, el hijo de la perdicion <sup>3</sup>.» El tercer acontecimiento de que hablan los Libros santos es la venida del Antecristo, «el cual «se opondrá, añade el Apóstol, y se alzaré contra todo lo que se dice «Dios, ó se adora, hasta llegar á poner su asiento en el templo de «Dios, dando á entender que es Dios <sup>4</sup>.»

Durante la persecucion que emprenderá el Antecristo contra los discípulos de Jesús, tendrá lugar la predicacion de Enoc y de Elías. Del primero de estos santos personajes está escrito lo siguiente: *Enoc agradó á Dios, y fue transportado al paraíso para predicar á las naciones la penitencia <sup>5</sup>*. En el libro IV de los Reyes leemos el rapto milagroso del profeta de Tesbé: «Y sucedió que cuando el Señor quiso «arrebatar al cielo á Elías en un torbellino, venian Elías y Eliseo caminando de Gálgala... Así proseguian su camino andando y hablando entre sí, cuando hé aquí que un carro de fuego, con caballos de fuego, separó al uno del otro, y Elías subió al cielo en un «torbellino <sup>6</sup>.» Malaquías habla de este gran servidor de Dios en los siguientes términos: *Hé aquí que yo os enviaré el profeta Elías, dice el Señor de los ejércitos, antes que venga el día grande y tremendo del Señor. Y él reunirá el corazón de los padres con el de los hijos, y el de los hijos con el de sus padres, induciendo á los judíos de los últimos tiempos á imitar la fe y la piedad de los antiguos Patriarcas <sup>7</sup>*; y Jesús decia á los Apóstoles: *En efecto, Elías ha de venir, y entonces res-*

<sup>1</sup> Matth. xxiv, 14. — <sup>2</sup> Epist. 78. — <sup>3</sup> II Thes. ii. — <sup>4</sup> Ibid. — <sup>5</sup> Eccli. xlii. — <sup>6</sup> IV Reg. ii. — <sup>7</sup> Malach. iv.



tablecerá todas las cosas, restituyendo á los judíos al orden de Dios y á la fe de sus padres<sup>1</sup>. San Pablo, aludiendo á esta conversion de los judíos, escribía á los romanos lo que sigue: «No quiero, hermanos, que ignoreis este misterio... y es, que una parte de Israel ha caído en la obcecacion, hasta tanto que la plenitud de las naciones haya entrado en la Iglesia. Entonces salvarse ha todo Israel segun está escrito: Saldrá de Sion el libertador, que desterrará de Jacob la impiedad<sup>2</sup>.

«Veráanse empero *antes* fenómenos prodigiosos en el sol, la luna, y las estrellas; y en la tierra estarán consternadas y atónitas las gentes por el estruendo del mar y de las olas, secándose los hombres de temor y de sobresalto por las cosas que han de sobrevenir á todo el universo; porque las virtudes de los cielos estarán bamboleando<sup>3</sup>.»

La sagrada Escritura anuncia tambien que el dia del Señor irá precedido de una conflagracion general. En la segunda Epístola de san Pedro leemos lo que sigue: «El mundo entonces pereció anegado en las aguas. Así los cielos que ahora existen y la tierra se guardan por la misma palabra para ser abrasados por el fuego... Entonces los cielos con espantoso estruendo pasarán, los elementos con el ardor se disolverán, y la tierra y las obras que haya en ella serán abrasadas<sup>4</sup>.» David, Isaias y Joel vieron en su espíritu profético al soberano Juez precedido de este fuego devorador, y san Pablo decia á los tesalonicenses que el Señor Jesús vendrá en medio de las llamas para tomar venganza de los que no conocen á Dios y que no obedecen al Evangelio<sup>5</sup>. Sin embargo no quedará destruido el mundo en esta conflagracion universal, ni abandonado á una confusion eterna, porque pronto serán renovados el cielo y la tierra; *esperamos, conforme sus promesas, nuevos cielos y nueva tierra*<sup>6</sup>. Y vi, dice san Juan, *un cielo nuevo y tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron*<sup>7</sup>. Por tanto dicha conflagracion destruirá las calidades de los elementos corruptibles, que estaban conformes con el temperamento de nuestros cuerpos de corrupcion, para darles otras correspondientes á cuerpos inmortales, para que el mundo renovado guarde proporcion con los hombres tambien renovados<sup>8</sup>. La resurreccion es el último acontecimiento que debe preceder al juicio general: *En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, al son de*

<sup>1</sup> Matth. 17. — <sup>2</sup> Rom. XI. — <sup>3</sup> Luc. XXI; Matth. XXIV. — <sup>4</sup> II Petr. III. — <sup>5</sup> II Thessal. I. — <sup>6</sup> II Petr. III. — <sup>7</sup> Apoc. XXI. — <sup>8</sup> S. Aug. *Civ. Dei*, 16.

la última trompeta (porque sonará la trompeta) los muertos resucitarán en un estado incorruptible, y nosotros seremos inmutados<sup>1</sup>.

EL DR. Aunque no puedo desechar este artículo de la fe cristiana, consignado en el Símbolo, debo confesar que la resurreccion es para mí un misterio incomprendible. Cuando Dios reanima el cuerpo poco tiempo despues de la muerte, y en tanto que se conservan todavía sin alteracion sus partes constitutivas, hay resurreccion; pero, decir que el alma se reunirá con el mismo cuerpo despues de haber sufrido este tan numerosas modificaciones, es desnaturalizar el sentido de los términos, porque mas bien hay entonces una verdadera creacion. Además, ¿cómo puede explicarse esta remuneracion material de parte de Dios, que solo debe recompensar á sus criaturas inteligentes con los goces del entendimiento y del amor? ¿Qué puede hacer este ser corporal en el seno del espíritu increado? ¿Qué relaciones puede tener con la naturaleza divina, á menos que se admita el absurdo sistema del Antropomorfismo? Tambien hay mucha oposicion contra este dogma cristiano entre los amigos de la filosofia espiritualista, que por otra parte reconocen y prueban con autoridad el regreso de nuestro espíritu á su principio celestial. Por lo que hace á los órganos, groseros y viles servidores de la inteligencia, dichos filósofos los creen indignos de entrar en el destino eterno, y por esto dicen que al concluir su servicio caen en la inercia de su naturaleza, aguardando la disolucion, como una capa vieja que se echa en el estiércol.

EL TEÓL. Por lo que hace al dogma de la resurreccion, consultemos ante todo los Libros santos y las tradiciones de los judíos y de los Cristianos para examinar en seguida las oposiciones que acabais de indicar. Job encuentra piadosos y saludables consuelos en la esperanza de su resurreccion: «Compadeceos de mí, á lo menos vosotros que sois mis amigos, compadeceos de mí, ya que la mano del Señor me ha herido. ¿Por qué me perseguís vosotros como Dios, y os cebais en mis carnes? ¡Oh! ¿Quién me diera que las palabras que voy á proferir se conservasen escritas? ¿Quién me diera que se imprimieran en libro con punzon de hierro, y se esculpiesen en planchas de plomo, ó con el cincel se grabasen en pedernal? Porque yo sé que vive mi Redentor, y que yo he de resucitar de la tierra en el último dia, y de nuevo he de ser revestido de esta piel mia, y en mi carne veré á mi Dios; á quien he de ver yo mismo en persona, y no otro, y á quien contemplarán estos ojos míos. Esta es la esperanza que en mi pecho tengo depositada<sup>2</sup>.» «Tus muertos, Señor,

<sup>1</sup> I Cor. XV. — <sup>2</sup> Job, XIX.



«exclama Isaías, tendrán vida; resucitarán los muertos míos; des-  
«pertos y cantad himnos de alabanza <sup>1</sup>.» «Vendrá un tiempo tal  
«cual nunca se ha visto desde que comenzaron á existir las naciones  
«hasta aquel día. Y en aquel tiempo tu pueblo será salvado; lo se-  
«rán todos aquellos que se hallaren escritos en el libro. Y la muche-  
«dumbre de aquellos que duermen en el polvo de la tierra desper-  
«tará, unos para la vida eterna, y otros para la ignominia, la cual  
«tendrán siempre delante de sí <sup>2</sup>.» «Cuando estaba ya para espirar  
«(el segundo de los siete hermanos Macabeos), dijo (á Antíoco): Tú,  
«ó perversísimo, nos quitas la vida presente; pero el Rey del uni-  
«verso nos resucitará algún día para la vida eterna, por haber muerto  
«en defensa de sus leyes <sup>3</sup>.» También leemos en el mismo libro que  
si Judas no hubiese esperado la resurrección de los que habían sido  
muertos, hubiera considerado como una cosa vana y supérflua rogar  
por los difuntos <sup>4</sup>.

Quando apareció nuestro divino Salvador entre los judíos, estos  
conocían ya por sus libros y por la tradición el dogma de la resur-  
rección; así cuando Jesús dijo á Marta: Tu hermano resucitará, ella  
respondió: Bien sé que resucitará en la resurrección, en el último  
día <sup>5</sup>. *Después de la resurrección*, decía Jesucristo á los Saduceos, *ni  
los hombres tomarán mujeres, ni las mujeres tomarán maridos, si no  
que serán como unos ángeles de Dios en el cielo. Mas tocante á la resur-  
rección de los muertos, ¿no habeis oido las palabras que Dios os tiene  
dichas: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de  
Jacob? Ahora, pues, Dios no es Dios de muertos, sino de vivos <sup>6</sup>.*  
La manera con que se defendía san Pablo ante sus adversarios sirve  
también para establecer la creencia de los dos pueblos de Dios sobre la  
resurrección: «Sabíendo empero Pablo que parte de los que asistian  
«eran saduceos, y parte fariseos, exclamó en medio del sinedrion: Her-  
«manos míos, yo soy fariseo, hijo de fariseos; por causa de mi espe-  
«ranza de la resurrección de los muertos es por lo que voy á ser con-  
«denado. Desde que hubo proferido estas palabras, se suscitó discor-  
«dia entre los Saduceos y Fariseos, y se dividió la asamblea en dos  
«partidos. Porque los Saduceos dicen que no hay resurrección, ni  
«ángel, ni espíritu; cuando al contrario los Fariseos confiesan ambas  
«cosas <sup>7</sup>. Sabedores son de antemano (si quieren confesar la verdad)  
«que yo, siguiendo desde mis primeros años la secta mas segura de  
«nuestra Religión, viví cual fariseo. Y ahora soy acusado en juicio

<sup>1</sup> Isai. xxvi. — <sup>2</sup> Daniel, xii. — <sup>3</sup> Mach. ii, 7. — <sup>4</sup> Ibid. xii. — <sup>5</sup> Joann. xi.  
— <sup>6</sup> Matth. xxii. — <sup>7</sup> Act. xxiii.

«por la esperanza que tengo de la promesa hecha por Dios á nues-  
«tros padres... Pues qué, ¿juzgais acaso increíble el que Dios resu-  
«cite á los muertos <sup>1</sup>?» En la primera carta dirigida á los corintios,  
el Apóstol establece la verdad de la resurrección que tendrá lugar al  
fin de los tiempos, lo mismo que la del Salvador, admitida por los  
fieles de Corinto como un dogma de fe: «Si se predica á Cristo co-  
«mo resucitado de entre los muertos, ¿cómo es que algunos de vos-  
«otros andan diciendo que no hay resurrección de muertos? Pues si  
«no hay resurrección de muertos, tampoco ha resucitado Cristo...  
«Si nosotros solo tenemos esperanza en Cristo para mientras dura  
«nuestra vida, somos los mas desdichados de todos los hombres. Pero  
«Cristo ha resucitado de entre los muertos, y ha venido á ser como  
«las primicias de los difuntos; porque así como por un hombre vino  
«la muerte, por un hombre debe venir también la resurrección de  
«los muertos <sup>2</sup>. El mismo Señor, á la intimación y á la voz del Ar-  
«cángel y al sonido de la trompeta de Dios, descenderá del cielo, y  
«los que murieron en Cristo resucitarán los primeros... Consolaos,  
«pues, los unos á los otros con estas verdades <sup>3</sup>.»

Los Doctores cristianos de los primeros siglos, entre ellos Oríge-  
nes, Tertuliano y san Justino, sostuvieron con energía este dogma  
de fe contra los paganos y los herejes que le desechaban. Para exci-  
tar el valor de los fieles en las persecuciones, y sostenerlos en los sa-  
crificios de la vida, siempre se les ha propuesto el mismo dogma.  
«Señor, decía san Policarpo antes de derramar su sangre por Jesu-  
«cristo, yo te bendigo por haberme reservado para este día y esta  
«hora, en que se me concede la gracia de compartir la suerte de los  
«Mártires, y participar del cáliz del Salvador para la resurrección  
«de la vida eterna.» Diez y ocho siglos hace que los discípulos de  
Jesucristo están proclamando en todas partes esta verdad, tan clara-  
mente consignada en sus Símbolos: «Creo en la resurrección de la  
«carne; espero la resurrección de los muertos; á la venida del Cristo  
«todos deben resucitar con sus cuerpos <sup>4</sup>.»

EL DR. ¿Se sabe por ventura cuál será el estado de los cuerpos  
después de la resurrección?

EL TEÓL. Los Libros santos nos hablan de los cuerpos de los jus-  
tos en los términos siguientes: «Pero ¿de qué manera resucitarán  
«los muertos? me dirá alguno. ¿Ó con qué cuerpo vendrán? ¡Ne-  
«cio! Lo que tú siembras no recibe vida, si primero no muere. Y al

<sup>1</sup> Act. xxvi. — <sup>2</sup> I Cor. xv. — <sup>3</sup> Thessal. i, 4. — <sup>4</sup> Símb. Apost. Const. y  
de S. Atan.



«sembrar, no siembras el cuerpo que ha de nacer, sino el grano desnudo... Sin embargo Dios le da cuerpo, segun quiere... Así sucederá tambien en la resurreccion de los muertos. El cuerpo, á manera de una semilla, está expuesto ahora en la tierra en estado de corrupcion, y resucitará incorruptible. Está puesto en la tierra todo «disforme, y resucitará glorioso. Está puesto en tierra privado de movimiento, y resucitará lleno de vigor. Está puesto en tierra como un cuerpo animal, y resucitará un cuerpo espiritual <sup>1</sup>. Así los cuerpos de los justos estarán dotados de *impasibilidad*, de manera que nada podrá dañarles en lo sucesivo; ni habrá ya muerte, ni llanto, ni alarido, no habrá mas dolor, porque las cosas de antes son pasadas <sup>2</sup>. Es necesario que este cuerpo corruptible sea revestido de incorruptibilidad, y que este cuerpo mortal sea revestido de inmortalidad <sup>3</sup>.»

«Los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre <sup>4</sup>. Transformará nuestro vil cuerpo, y le hará conforme al suyo glorioso <sup>5</sup>. Por tanto la segunda calidad de los cuerpos resucitados será la *claridad*, proporcionada á los méritos de cada uno; porque una es la claridad del sol, otra la claridad de la luna, y otra la claridad de las estrellas, y aun hay diferencia en la claridad entre estrella y estrella. Así sucederá tambien en la resurreccion de los muertos <sup>6</sup>.»

*El cuerpo es puesto en tierra privado de movimiento, y resucitará lleno de vigor.* Por esta calidad, que los teólogos llaman *agilidad*, los cuerpos, libres de su peso natural, serán susceptibles de un movimiento rápido, y transportados inmediatamente segun la voluntad del alma. Brillarán los justos, y como centellas que discurren por un cañal veral volarán <sup>7</sup>; serémos arrebatados juntamente con ellos sobre nubes al encuentro de Cristo en el aire <sup>8</sup>.»

Finalmente es puesto en tierra como un cuerpo animal, y resucitará como un cuerpo espiritual. El cuerpo no estará sujeto á las necesidades de la vida presente, que para conservar la salud tenemos que comer, beber y dormir; libre de todos estos cuidados materiales, adquirirá cierta semejanza con los espíritus puros, y por esta *sutilidad* podrá penetrar en todas partes, como dicen los santos Padres y los teólogos, á ejemplo del cuerpo de Jesucristo resucitado. Bien conocéis que no tendrán estas gloriosas calidades los cuerpos de los reprobos, pues *todos resucitarémos, mas no todos serémos inmutados.*

<sup>1</sup> I Cor. xv. — <sup>2</sup> Apoc. xxi. — <sup>3</sup> I Cor. xv. — <sup>4</sup> Matth. xiii. — <sup>5</sup> Philip. iii. — <sup>6</sup> I Cor. xv. — <sup>7</sup> Sap. iii. — <sup>8</sup> Thessal. iv.

Sin embargo tendrán una incorruptibilidad, que los conservará indestructibles en medio de los suplicios que habrán de sufrir durante la eternidad. Vamos ahora á examinar las dificultades que se oponen al dogma de la resurreccion.

Comenzaré por manifestaros que os colocais en la posicion de san Agustin, confesando vuestra insuficiencia para profundizar y comprender este misterio; mas para que podais conservaros en tan honroso paralelo, será preciso confesar con el ilustre Doctor: «Que no puede ser vana nuestra fe en la resurreccion por la imposibilidad de comprender cómo se verificará <sup>1</sup>.» Por lo demás, léjos de disputar á Dios este poder, vuestra dificultad se refiere únicamente á la voz de resurreccion, que en vuestro concepto no es muy adecuada á este *restablecimiento* del cuerpo, despues de las muchas modificaciones que habrá sufrido. Este hecho os parece mejor una produccion enteramente nueva, una *palingenesia*, como se decia en tiempo de Orígenes; mas no podemos admitir en manera alguna esta nueva creacion, porque por la autoridad de los Libros santos y por las lecciones de la Iglesia sabemos que todos deben resucitar en la carne que hayan tenido en esta vida. Ya teneis noticia de estas palabras de Job: *De nuevo he de ser revestido de esta piel mia, y en mi carne verá á mi Dios, á quien he de ver yo mismo en persona, y no otro, y á quien contemplarán estos ojos mios. Es necesario, nos dice san Pablo, que este cuerpo corruptible sea revestido de incorruptibilidad, y que este cuerpo mortal sea revestido de inmortalidad.*

No queremos afirmar sin embargo que el cuerpo deba resucitar absolutamente en el mismo estado en que se hallaba durante la vida mortal, pero sí que ha de ser la misma sustancia, por muchas que sear las modificaciones que se le supongan. En el sistema de una nueva produccion no hay verdadera resurreccion de la carne, y no puede decirse que los hombres han de resucitar con sus cuerpos, segun enseñan nuestros Símbolos. Oigamos el siguiente pasaje de la *Ciudad de Dios*, donde se resuelven vuestras dificultades con la imponente autoridad que os complaceis en reconocer en el grande Obispo de Hipona: «El afecto que profesamos á los bienaventurados Mártires nos induce á desear de una manera que no alcanzo, que pudiésemos ver en el cielo las cicatrices de las llagas que han recibido por el nombre de Jesucristo. Mas si es oportuno ver aquellas gloriosas señales de sus heridas en su carne inmortal, las partes donde habrán sido heridos ó mutilados conservarán sus cicatrices, sin que se

<sup>1</sup> *Civ. Dei*, l. 20, c. 20.



« pierda ninguno de sus miembros. No permita Dios que creamos que « la omnipotencia del Criador no puede resucitar los cuerpos, reuniendo todas las partes que han sido devoradas por los brutos, ó consumidas por el fuego, ó trocadas en polvo, en agua ó en aire. « No permita Dios que lleguemos al extremo de suponer que el seno « de la naturaleza oculta algunas cosas que se sustraen al conocimiento del Criador<sup>1</sup>. » De lo dicho se deduce que san Agustín reconocía, como nosotros, una verdadera resurrección, compatible con todas las modificaciones que pueden suponerse en los cuerpos.

Si, la felicidad celestial consistirá en el goce de la visión intuitiva y del amor divino, sin que sea ningún obstáculo para la glorificación del cuerpo, que recibirá del alma cierto reflejo de esplendor y de gloria. Al comparar el cuerpo con el estiércol, los hombres de quienes habláis hacen como Celso, que le calificaba de vaso de corrupción. « No, le contestaba Orígenes, no serán así nuestros cuerpos después « de la resurrección, cuando Dios los habrá revestido de gloria é in- « corruptibilidad. »

¿ Qué podrán hacer los cuerpos, se dice también, en un mundo espiritual, á menos que se suponga en Dios el Antropomorfismo, para que se haga visible al hombre corporal? Basta con alguna reflexión para evitar estas hipótesis, aunque sus autores nos creen obligados á aceptarlas, como si fuese necesario recurrir á esta forma sensible de la Divinidad para encontrar en el cielo algunos objetos de la misma naturaleza que los cuerpos resucitados. ¿ Ignoramos por ventura que Jesucristo está sentado á la derecha de su Padre, y que reina en su santa humanidad con más esplendor, majestad y magnificencia que la que manifestó en el Tabor? Estas palabras de Job, *Yo veré á Dios en mi propia carne*, anuncian la resurrección de los cuerpos; mas no ha dicho: Yo veré á Dios por mi carne; y aun cuando lo dijera, estas palabras podrían entenderse de Jesucristo que es Dios, y á quien verémos en la carne por medio de la carne<sup>2</sup>. No debe tampoco omitirse la pompa ni la riqueza de expresiones y de figuras con que el profeta de Patmos nos describe la grandeza, el brillo y la seductora belleza de la Jerusalén celestial, ó sea de la magnífica y afortunada mansión que ha preparado el Dios de la gloria para los que le aman.

Concíbese perfectamente la oposición de ciertos filósofos á la verdad de la resurrección, pues es preciso admitirla como un dogma revelado, sin que pueda explicarse ni comprenderse el modo como se realizará. El desprecio que profesan á su cuerpo es además muy na-

<sup>1</sup> *Civ. Dei*, l. 22, c. 20. — <sup>2</sup> *Ibid.*

tural y muy conforme con el uso que suelen hacer del *grosero servidor* de la inteligencia, pues el que solo le emplea para ejercer funciones de organismo, y para entregarse á placeres sensuales y viles, no puede menos de despreciar á un esclavo deshonrado. ¡ Ah! Muy diferente sería el concepto en que le tuvieran, si quisiesen hacerle participar del culto del espíritu hácia el Criador por medio de la oración, de la adoración exterior, de la mortificación, y de las muchas obras de caridad y de misericordia que los miembros concurren á producir para la gloria de Dios y el alivio del prójimo; pues el que así procede no puede menos de admirar la fuerza de la voluntad, ó por mejor decir, la acción de la gracia, que doma y libra al esclavo para asociarle á la vida pura, religiosa y santa del alma, la que por su parte le considera bondadosamente como su ayuda y como el compañero de su peregrinación sobre la tierra. Llegado el momento de la separación, esta alma fiel conserva la esperanza de recobrar algún día para la gloria el cuerpo con quien ha estado unida tan íntimamente, « porque, como dice el Catecismo del Concilio, las almas no « son sino una parte de nosotros mismos: siendo en realidad inmorta- « tales las almas, y teniendo como parte del hombre inclinación na- « tural á sus cuerpos, se ha de juzgar fuera de su naturaleza per- « manecer para siempre apartadas de ellos... Es necesario que las al- « mas vuelvan á juntarse con sus cuerpos, para que los cuerpos, de « que usan los hombres como de compañeros del pecado, sean junto « con el alma ó castigados por las malas obras, ó premiados por las « buenas<sup>1</sup>. »

Reasumamos esta conferencia con una cita de Tertuliano, muy extensa por cierto, pero llena de gracia, de fuerza y de precisión. « Dios, « dice, es quien ha formado por sus propias manos el cuerpo del hom- « bre, quien le ha animado con el soplo de su boca, y quien le ha in- « fundido un alma hecha á su imagen. La carne del cristiano se aso- « cia en cierto modo á todas las funciones de su alma, y sirve de ins- « trumento á todas las gracias que Dios le dispensa. El cuerpo se « lava en el Bautismo para purificar el alma, recibe el cuerpo y la « sangre de Jesucristo para alimentar á la misma, y se inmola á Dios « por medio de las mortificaciones, los ayunos, las vigili- « as, la virginidad y el martirio; y por esto san Pablo nos recuerda que nues- « tros cuerpos son los miembros del Cristo y los templos del Espíritu « Santo. ¿ Sería posible que Dios dejase perecer por siempre la obra « de sus manos, el espejo de su poder, el depositario de su soplo, el

<sup>1</sup> *Catec. del Conc. Trid. de Res.*



«rey de los otros cuerpos, el canal de sus gracias, y la víctima de su culto? Si es verdad que le ha condenado á muerte en castigo del pecado, tambien es verdad que vino Jesucristo para salvar todo lo que habia perecido; y sin esta reparacion completa no podríamos saber hasta qué punto llegan la bondad, la misericordia y la ternura paternal de nuestro Dios. La carne del hombre, restituida por la Encarnacion á su primera dignidad, debe resucitar como la de Jesucristo; y el que ha criado la carne, ¿no es bastante poderoso para resucitarla? Nada perece enteramente en la naturaleza; cambian las formas, pero todo se renueva y parece rejuvenecerse; Dios ha impreso en sus obras el sello de la inmortalidad; á la noche sucede el día, aparecen de nuevo los astros eclipsados, la primavera repara los estragos del invierno, renacen las plantas, recobrando sus galas y su lozanía, y muchos animales parecen morir y reciben una vida nueva; así Dios nos ha mostrado el uso de la *resurreccion* antes de prometerla<sup>1</sup>.»

### CONFERENCIA XCVIII.

#### EL JUICIO GENERAL.

EL DR. Ninguna duda puede caberme en el dogma de que acabais de hablar, segun la claridad con que está consignado en el Símbolo de la fe cristiana; pero desearia que me diérais á conocer en qué bases se funda la creencia de un juicio universal, porque para establecer una verdad en este siglo racionalista no basta con apelar al *Credo*. En efecto, se quiere saber por qué se menciona en él esta verdad, con qué autoridades se ha inscrito en el mismo, y por último cuál es su naturaleza; así para satisfacer una exigencia tan importante se hace indispensable subir hasta las fuentes, analizar las cosas, y cuando se ha examinado y juzgado, quedan admitidas ó rechazadas las proposiciones, segun el cálculo y el valor de los motivos. Tambien desearia que me explicáseis por qué convoca Dios á todos los hombres para aquel juicio, cuando se halla ya determinada la suerte de cada uno por la sentencia del juicio particular.

EL TEÓL. Nunca han querido los Doctores católicos ejercer un dominio absoluto sobre las inteligencias, obligándolas á creer en las ver-

<sup>1</sup> De Res. c.

dades de la Religion sin examinar sus testimonios; mas el Racionalismo, no queriendo concretarse al exámen de las pruebas extrínsecas, se extiende, como dicen sus partidarios, hasta el alma de todas las cuestiones, y admiten ó desechan segun el juicio de la razon. Este es indudablemente un abuso, como que confiere á la inteligencia del hombre la autoridad suprema en materias religiosas, sujetándolas todas al tribunal de la filosofia, que pretende pronunciar infaliblemente sobre nuestros misterios y doctrinas. Se quiere que la revelacion y la explicacion de la palabra divina no se clasifiquen entre nuestras creencias y prácticas sin sujetarlas al exámen de la razon individual, ó de un sistema filosófico; pero seria muy poco cuerdo y aun criminal el que accediese á semejantes exigencias, porque por este solo hecho reconoce la autoridad de este tribunal, y se hace cómplice de la impiedad como de la injusticia de sus fallos. Por lo que hace al Símbolo católico, cuyas credenciales se pide, no importa que la filosofia lo estudie y examine en los puntos de su competencia, porque no tiene que temer sus investigaciones; pero desconoce y rechaza su autoridad, si pretende juzgarle por el fondo, sometiendo su doctrina divina á todo lo que llama su regla y su criterio de todas las verdades.

Despues de este incidente examinemos los testimonios relativos al juicio universal, tomándolos, como de costumbre, de los Libros sagrados y de las tradiciones esparcidas por espacio de tantos siglos entre los judíos y los Cristianos. El Señor ha dicho por su profeta Isaías: «Jurado he por mí mismo; ha salido de mi boca una palabra justísima, y no será revocada: ante mí se doblará toda rodilla, y por mí jurará toda lengua<sup>1</sup>.» Esto es lo que aplica san Pablo al homenaje que todas las criaturas rendirán á Jesucristo en el gran día del juicio: «Porque todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo; pues escrito está: Yo juro por mí mismo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla, y que toda lengua ha de confesar que soy Dios<sup>2</sup>.» En las profecías de Joel se lee lo siguiente: «Haré aparecer prodigios en el cielo y sobre la tierra, sangre y fuego, y torbellinos de humo. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes de la llegada de aquel grande y espantoso día del Señor... reuniré todas las gentes y las conduciré al valle de Josafat, y allí disputaré con ellas<sup>3</sup>.» Ocioso fuera citar otros muchos pasajes de los Libros judíos indicados por los teólogos, pues no pueden ser mayores la fuerza y la precision con que los textos del Nuevo Tes-

<sup>1</sup> Isai. XLV. — <sup>2</sup> Rom. XIV. — <sup>3</sup> Joel, XXIII.